

LI

El pueblo de Jesus tras de tal guía,
 El valor recobrado, iba adelante,
 Y al Soldan homicida circuía
 Lo mejor de su gente y más pujante.
 Igualmente la sangre se vertía
 De fieles y de infieles abundante;
 Que iguales vencedores y vencidos
 Matan y hieren, muertos son y heridos.

LII

Como Austro y Aquilon que iguales pueden,
 Cada cual contra el otro se arrebate,
 Y ni en el cielo ni en el mar se ceden,
 Mas nube á nube y ola á ola bate;
 Tal allí ni unos ni otros retroceden:
 Arde dudoso el áspero combate
 Y el pelear dura sanguinoso y crudo,
 Hierro con hierro, escudo con escudo.

LIII

No es ménos fiera por el otro cuerno
 La lid, ménos trabada ó ménos densa,
 Y mil nubes de espíritus de Averno
 Llenan del aire la region inmensa
 Y en los paganos soplan fuego interno.
 Nadie en volver atrás un paso piensa,
 Infernal tea al Circasiano inflama
 En quien ya ardía su nativa llama.

LIV

Tambien él pone en fuga y desordena
 La guardia, y ágil la trinchera salta;
 De los miembros que corta el foso llena
 Y allana el paso á la que en pos asalta.
 Turba feroz, que ya nada refrena,
 Y las tiendas del rojo humor esmalta.
 Sigue Clorinda casi sin distancia;
 Que ir zaguera desdeña su arrogancia.

LV

Cedian los francos ya, cuando la gente
 De Güelfo llega en oportuna ayuda,
 Y háceles luego que cambiando frente
 El rostro den á la morisma cruda.
 Recio lidian. De sangre la corriente
 En qué lado es mayor se pone en duda.
 En tal punto, la vista el Rey del cielo
 Vuelve al combate que ensangrienta el suelo.

LVI

Allí asentaba donde santo y justo
 Da ley á todo y todo orna y produce,
 Desde el empíreo al bajo mundo adusto
 Que por seso ó razon no se conduce:
 De toda eternidad en trono augusto
 Una luz sola con tres rayos luce:
 Bajo sus piés están Hado y Natura,
 Sus ministros, la fuerza, la mensura.

LVII

Y el lugar, y la gloria que disuelve
 Cual humo ó polvo nuestra gloria vana,
 Nuestro oro, nuestros reinos, nada vuelve;
 Y menosprecia la grandeza humana.
 Así el Creador en su esplendor se envuelve,
 Que en vano en verle aun la virtud se afana;
 Rodéanle las almas inmortales
 Desigualmente en la gozar iguales.

LVIII

Con los divinos cantos, resonante
 Gozoso está el empíreo y arrobado.
 Llama á Miguel que en fúlgido diamante
 Más que el sol reluciente, estaba armado.
 Dícele: "¿Ves la hueste que arrogante
 " Contra la mia fiel se ha levantado,
 " Saliendo impía de lo más profundo
 " Del Báratro y alzándose hasta el mundo?"

LIX

"Vé y mándale que deje á mis criaturas
 "La guerra hacer que á mi querer conviene,
 "Y el reino de los vivos y las puras
 "Auras no más conturbe y envenene:
 "Vuelva á las noches de Aqueronte oscuras,
 "Digno albergue, en que justamente pene,
 "Y á sí y á quienes yo le he permitido
 "Atormente. Eso mando, eso decido."

LX

Calló, y el capitán de sus legiones
 Besa los piés divinos, y se lanza
 Tan rápido del cielo á las regiones,
 Que el pensamiento mismo no lo alcanza:
 El fuego y la luz pasa en que mansiones
 Los justos han de gloria y bienandanza;
 Luego el puro cristal del orbe mira
 Que de astros tachonado en torno gira.

LXI

De allí el curso diverso y los semblantes
 Con que Saturno ó Júpiter se eleve,
 Y los demas que no vagan errantes
 Si angélica virtud es quien los mueve;
 Y los alegres campos fulgurantes
 De eterna luz, de donde truena y llueve,
 Y en que el mundo se informa y se deshace,
 Y en lucha sin cesar muere y renace.

LXII

Van sus divinas alas sacudiendo
 La negra oscuridad y hondos horrores;
 Da á la noche luz clara, y va esparciendo
 De su rostro celestes resplandores,
 Como el sol los nublados va vistiendo
 Tras la lluvia en bellísimos colores:
 Tal cae por el líquido sereno
 Estrella de la grande madre al seno.

LXIII

Desciende á do las furias infernales
 En los árabes soplan saña fiera;
 E insistiendo en las plumas inmortales
 Vibrando el asta, habló de esta manera:
 "Bien deberíais ya saber con cuáles,
 "Rayos, del cielo el Rey airado hiera,
 "Oh en desprecio y tormentos afligidos
 "Y en la extrema miseria aún atrevidos;

LXIV

"El Señor, con designio inexcrutable,
 "Que en Sion la Cruz triunfe determina.
 "¿A qué oponerse al hado incontrastable?
 "¿A qué irritar la cólera divina?
 "Id, malditos, al reino detestable
 "Que en pena y muerte eterna se os destina,
 "Y os sean sus horribles calabozos
 "De guerra escena y de triunfales gozos.

LXV

"Ensañaos allí, y en los tormentos
 "Cebaos de los tristes condenados,
 "Con rechinar de dientes y lamentos
 "De cadenas al férreo són mezclados."
 Dijo, y á los que via al partir lentos,
 Hace su fatal lanza apresurados;
 Y gimiendo descenden de las bellas
 Regiones de la luz y áureas estrellas.

LXVI

Van volando al abismo, por consuelo
 A aumentar de los reos los dolores;
 No tanta pasa el mar en raudo vuelo
 Turba de aves, buscando los calores,
 Ni tantas el Otoño arroja al suelo
 Hojas, del primer frío á los rigores.
 Ya de ellos libre el mundo, aquella negra
 Faz deponiendo, plácido se alegra.

LXVII

No por eso de Argante rencoroso
Se ve el odio y furor disminuido,
Si bien de Alecto no al soplo rabioso
Ni al azote infernal es ya movido.
Gira la espada donde más copioso
Está el cristiano pueblo y más tupido;
Siega los nobles, los plebeyos tala
Y el más humilde al más soberbio iguala.

LXVIII

No anda léjos Clorinda, á cuyo frente
De muerte y sangre está la tierra henchida.
Su acero á Berlinguier parte inclemente
El corazon, albergue de la vida,
Y la espada impelió tan fuertemente,
Que sangrienta á la espalda halló salida:
A Albino hiere donde el niño pende
De la madre, y á Galo el rostro hiende;

LXIX

La diestra que la hirió corta á Gerniero,
Que cae y rueda en el polvoso llano;
Los dedos tiemblan, ase aún el acero
Y semiviva salta aquella mano:
Tal la cola cortada á un dragon fiero,
De nuevo al tronco unirse busca en vano.
Déjale así Clorinda mutilado,
Y contra Aquiles vuelve el hierro airado.

LXX

Entre el cuello y la nuca le endereza
Un tajo que degüella al desdichado:
Rueda ántes por el suelo la cabeza
Y el rostro está en el polvo revolcado
Que el tronco caiga: queda con firmeza
(Milagro triste) en el arzon sentado
Hasta que su corcel, suelta la brida,
Corriendo y coceando lo despida.

LXXI

Miéntras así la indómita guerrera
De Occidente la tropa asuela y bate,
No lleva en contra ménos altanera
En los moros Gildipe el desbarate.
Igual el sexo, igual el valor era
Que muestran una y otra en el combate;
Mas entre sí lidiar no les es dado,
Que á enemigo mayor las guarda el hado.

LXXII

Cada una por su lado recio riñe
Y más y más la turba se amontona.
Güelfo la espada que al costado ciñe
Empuña y se dirige á la amazona
Pagana, y la cruel espada tiñe
Algo en el bello cuerpo. Cual leona
Ella el golpe devuelve, y su cuchilla
Entre una le pasó y otra costilla.

LXXIII

Redobla Güelfo y no la hiere. Ormida
Que pasaba entre ambos velozmente,
Recibe la que á ella es dirigida
Espada fuerte que le hendió la frente.
En torno á Güelfo está ya reunida
De la que le obedece mucha gente,
Y de árabes tambien el golpe crece,
Y la lid más se traba y enardece.

LXXIV

La Aurora ya la faz de nieve y rosa
Asoma del Oriente en los balcones.
Argilan, que en la noche tumultuosa
Libre quedó de guardas y prisiones,
Armas busca y con ansia presurosa
Las que halla viste, y sigue los pendones,
Enmendar anhelando sus errores
Y nueva prez ganar, nuevos honores.

LXXV

Cual corcel encerrado con esmero
Que sólo á justa ó lid su dueño apresta,
Si huir logra tal vez, corre ligero
Al río, á la manada, á la floresta.
Vuelan sus crines por el cuello fiero,
Soberbio la cerviz sacude enhiesta,
Su casco suena, es rayo en la carrera,
Y llena de relinchos la pradera;

LXXVI

Tal Argilan venia; su mirada
Arde, es su frente intrépida y sublime:
Agil salta, ligera su pisada
Apénas en el polvo huella imprime.
A la lid llega y dice en voz alzada,
Como hombre que todo ose y nada estime:
“¡Oh sucia hez del mundo, árabes viles,
“¿De dónde os vienen bríos tan gentiles?

LXXVII

“No al peso de celadas y de escudos,
“De peto y espaldar sois avezados;
“Sólo sabeis, cobardes y desnudos,
“El viento herir y huir como venados:
“Vuestras proezas, vuestros hechos crudos
“De noche haceis, por sombras resguardados.
“Ya que cesando va en quien confiabais,
“Más armas, más valor necesitabais.”

LXXVIII

Al tiempo que habla, de Algazel al cuello
Tan fuerte golpe y tan cruel asesta,
Que en sus fauces el habla y el resuello
Cortó, cuando iba á darle aquel respuesta.
Ve el infeliz el último destello
De luz; le cubre palidez funesta;
Cae, muerde feroz la dura tierra,
Y rabioso al morir á ella se aferra.

LXXIX

Con varios modos luego á Saladino
A Muleáse y Agricalte mata;
A Aldiazil, que se encuentra allí vecino,
Los costados de un golpe desbarata;
Trasasándole el pecho, á Ariadino
Derriba, y con sarcasmos le maltrata;
Los ojos graves alza el infelice
Y al baldon respondiendo así le dice:

LXXX

“No tú, seas quien fueres, de esta muerte
“Gran tiempo, vencedor podrás jactarte:
“Te espera igual destino, que más fuerte
“Diestra, á mi lado aquí vendrá á postrarte.”
“Con risa amarga el otro: “De mi suerte
“El cielo cuide; tú al infierno pártete,
“Pasto de aves y perros,” y le pisa
Con el pié, y hierro y alma saca aprisa.

LXXXI

Un paje del Soldan se revolvía
Con lanceros y arqueros matadores,
Que por jóven aún no descubría
Su bella barba las primeras flores:
Toda rocío y perlas parecía
Cubierta su mejilla de sudores;
El polvo gracia añade á su cabello,
Y era, aun enfurecido, el rostro bello.

LXXXII

Monta un corcel que iguala en su blancura
En Apenino la reciente nieve:
Llama ó turbion que saltan á la altura
Su carrera no igualan rauda y leve;
Blande él una azagaya con bravura,
Pende á su lado espada corva y breve,
Luce con pompa bárbara un bordado
Manto, de oro y púrpura adornado.

LXXXIII

En tanto que el doncel que con delicia
 Nuevo el placer de gloria saborea,
 Y mezclado en la bárbara milicia,
 Aquí y allí como el mejor pelea,
 Atísbale Argilan que con malicia
 Herirle espera al tiempo que voltea;
 Tírale al fin la lanza, el corcel rueda
 Y va sobre él ántes que alzarse pueda,

LXXXIV

Y al suplicante rostro, el cual en vano
 Con arma de piedad sólo defiende,
 Alza cruel la inexorable mano
 Y la belleza singular ofende.
 Cual si sintiera, más que el hombre, humano
 Fué el hierro, se torció y plano descende.
 ¿Qué aprovecha? Repite el golpe fiero
 Y da de punta donde erró primero.

LXXXV

Soliman, que de allí poco distaba,
 Con Gofredo en combate entretenido,
 Déjale, á su corcel la espuela clava
 Cuando ve el riesgo del garzon querido:
 Rompe la turba, llega donde estaba,
 A vengarle; al auxilio no ha podido;
 Que ve ¡oh dolor! yacer el cuerpo amado
 De su Lesbin, cual flor que se ha cortado;

LXXXVI

Que el mirar en sus ojos languidece,
 Que cae sobre el hombro el cuello mira;
 Y tan bello su rostro palidece,
 Tan dulce compasion su muerte inspira,
 Que el corazon marmóreo se emblandece
 Y brota el llanto en medio de la ira.
 ¿Tú lloras, Soliman? ¿Tú, que en despojos
 Tu reino viste con enjutos ojos?

LXXXVII

Como ve el fierro hostil aun humeante,
 Tinto en la sangre del amado paje,
 La piedad cede á la ira delirante
 Y las lágrimas seca su coraje.
 Corre á Argilan, su espada fulgurante
 Escudo, yelmo ó malla no hay que ataje:
 Todo rompe, y cabeza y cuello y pecho
 Hiende, de aquel Soldan muy digno hecho.

LXXXVIII

No contento, al cadáver aun con ira,
 Del caballo apeándose, hace guerra;
 Cual mastin si una piedra se le tira
 La muerde, al cuerpo muerto aquel aferra:
 Vano consuelo á que el dolor aspira,
 Ensañarse en la ya insensible tierra;
 Mas entretanto, el capitán cristiano
 Ni cólera ni golpes gasta en vano.

LXXXIX

Mil turcos habia allí que de loriga
 Y de yelmo y de escudo iban cubiertos,
 Indómitos del cuerpo á la fatiga,
 De ánimo audaz y en toda guerra expertos;
 La milicia más vieja es que allí siga
 A Soliman. De Arabia á los desiertos
 Siguiéronle en sus míseros errores
 Aun en su adversa suerte, valedores.

XC

Firmes éstos, en buen orden guerrero
 Cedian poco ó nada al valor franco;
 Atácalos Gofredo; el rostro al fiero
 Corcute hiere y á Rosten el flanco,
 La cabeza á Selin corta su acero:
 De los dos brazos deja á Rosen manco;
 Ni sólo á éstos, que con modos varios
 Muchos hirió y mató de los contrarios.

XCI

Cuando trabada así la lid furiosa,
Al sarraceno ataca ó se defiende,
Y la fortuna aún está dudosa
De quien el triunfo ó la derrota pende,
Nube se ve de polvo pavorosa
Cuyo seno de guerra un rayo enciende:
Fulgor de armas de improviso luce
Que en los infieles gran terror produce.

XCII

Son cincuenta guerreros, que en argento
Desplegan la purpúrea cruz triunfante;
No con cien bocas ni con lenguas ciento
Férreos aliento y voz, fuera bastante
A enumerar las muertes que sin cuento
Hace aquel escuadron en un instante.
Cae el árabe astroso; el turco en vano
Resistir quiere al vencedor cristiano.

XCIII

El horror, la crueldad, el miedo, el llanto
Giran en torno. En varia semejanza
Vencedora la muerte, causa espanto:
Hace de sangre un lago la matanza.
Con parte de los suyos entretanto
Sale el Rey, alentando la esperanza
De afortunado evento; desde un alto
El llano mira, y el dudoso asalto.

XCIV

Viendo que el mayor cuerpo se replega
Y cede, tocar manda retirada:
A Clorinda y Argante ordena y ruega
Que den la vuelta á la ciudad sitiada.
El par feroz á obedecer se niega,
Ebrio de sangre y de ira destemplada;
Cede al fin: sólo tientan poner orden
En la turba, y que huyan sin desórden.

XCV

Mas ¿quién da ley al vulgo y amaestra
Al vil temor que loca fuga emprende?
Uno el escudo arroja, otro la diestra
Desarma: estorba el hierro y no defiende.
Valle hay del campo á la ciudad que muestra
Lo que ella de Occidente á Sur se extiende;
Allí es por donde huyen; se alza oscuro
De polvo un torbellino cabe el muro.

XCVI

En los que huyen sin órden y sin tino
Se ceban los cristianos crudamente;
Mas cuando llegan donde está vecino
El refuerzo que el Rey manda á su gente,
Ve Bullon que en el alto agrio camino
Es el riesgo á los suyos inminente:
Su hueste pára; el Rey la suya encierra,
Resto no corto de infelice guerra.

XCVII

Hecho habia el Soldan cuanto era dado
A humana fuerza; más ya no podia:
Todo es sangre y sudor; grave y cansado
Anhelar, pecho y flancos le oprimia.
No alza el escudo, el brazo fatigado
Lento y sin fuerza el hierro sacudia;
Cae y no corta: bota y amellada
Se niega al uso la ántes buena espada.

XCVIII

Como tal se sintiera, en acto queda
De hombre que dude, y piensa allá en su pecho
Si la muerte se dé, porque así pueda
A otro quitar la gloria de ese hecho,
O para conservarse al tiempo ceda
Y su campo abandone ya deshecho.
" Venza el hado—al fin dice—y de mí lleve
" Trofeo la victoria que á él se debe.

XCIX

"Vea mi espalda el contrario, y escarnezca
 "De nuevo mi destierro miserable,
 "Con tal que en nuevas armas me aparezca
 "Contra su paz y reino deleznable.
 "No cedo, no: el recuerdo no perezca
 "De mi ofensa y mi encono perdurable:
 "Alzaréme enemigo más sañudo
 "Aun de la tumba espíritu desnudo."

FIN DEL CANTO NOVENO.

CANTO DÉCIMO.

Aumenta el vigor de los sitiados la presencia de Soliman, y el de
 los sitiadores la vuelta de los prisioneros de Armida libertados por Reynaldo.
 Elogio profético de la casa de Este.

I

Así diciendo, ve que por el llano,
 Cerca de él, un caballo vaga errante;
 Al cuello dél al punto pone mano,
 Y en él monta cansado y anhelante.
 La cimera perdió, su yelmo plano
 Ya no muestra la sierpe horripilante;
 Rota la sobreveste, nada queda
 Que su pompa real indicar pueda.

II

Cual lobo que huya y esconderse quiera,
 Que del redil seguro fué arrojado,
 Aunque sació ya el hambre carnícera,
 Ávido está de sangre y alterado
 Y la lengua pendiente trae fuera,
 Chupándola con labio ensangrentado,
 Así aun despues del combatir sangriento
 De muerte y sangre va el Soldan sediento.